

dominante, ¡y despues hay grandes quejas por los alborotos que excita! Atribúyese á la malicia del demonio una ocasion próxima que se buscó muy de propósito, un mal pensamiento que nació en nuestro corazon: pero le engendró una vista voluntaria y muy deliberada, la lectura de un libro que se solicitó con el mayor cuidado, una larga, tierna y amorosa conversacion en que se derramó el corazon, y fué á buscarse muy de intento. Es cierto que las pasiones son tentaciones continuas; pero estas pasiones nos deben á nosotros mismos toda su fuerza y toda su malicia. Algunas veces despiertan hasta en la soledad y en el desierto: ni los rigores de la penitencia bastan siempre para *contenerlas*: en medio de ellos se amotinar y conspiran para nuestra pérdida. Pero es preciso confesar que en ninguna parte son tan terribles como entre los placeres, entre las diversiones, en la libertad que se concede á un corazon inmortificado, en la disipacion, en la indevacion, y en medio de ese gran tráfago del mundo. No demos lugar á la tentacion: estemos siempre alerta contra los asaltos de las pasiones, y poseamos nuestra alma con el recogimiento y con la modestia. Mortifíquese el corazon, reprímense, arréglense los sentidos, y á buen seguro que hará pocos progresos la tentacion.

El evangelio es del cap. 14 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus.

En aquel tiempo, dijo Jesus á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién

Quis enim ex vobis volens turrim ædificare, non prius sedens computat sumptus qui necessarij sunt, si habeat ad perficiendum: ne posteaquam posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes: Quia hic homo cepit ædificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversus alium regem, non sedens prius cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longè agente, legationem mittens, rogat ea, quæ pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.

de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirlos, no digan todos los que la vieren: ¿Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿qué rey, debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, cuando está aun muy lejos, le envía embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

DEL FIN DEL HOMBRE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no estamos en este mundo por casualidad. Algun fin se propuso Dios cuando nos sacó de la nada, y este fin no puede ser otro que el de su gloria, habiéndonos criado para conocerle, para amarle y para servirle. Glorificamos á Dios conociéndole y amándole: le damos testimonio de este amor sirviéndole; y le servimos guardando sus mandamientos. Bien pudo Dios no criarnos; pero nunca pudo criarnos para otro fin.

El desórden de las costumbres podrá muy bien hacernos olvidar nuestro deber; pero nunca podrá mudar nuestro último fin: v por desarrégladamente

que vivamos, siempre será verdad que no estamos en este mundo para amontonar riquezas, para adquirir honras, para gozar de muchos placeres, y para labrar en él una gran fortuna. Solo estamos en él para servir á Dios, para amarle y para glorificarle con nuestro amor.

Los reyes y los pueblos, los ricos y los pobres, los mozos y los viejos solo están en el mundo para este único fin. Que los hombres sean de diferentes clases y condiciones; que haya subordinacion entre ellos; que unos nazcan para ser señores y otros para ser vasallos, todos nacieron para el mismo último fin, y todos convienen en este punto capital, que todos nacimos para conocer á Dios, para amarle y para servirle.

Que se pase la vida sin pensar siquiera á qué fin estamos en este mundo; que llegue la muerte sin haber pensado jamás en él, siempre subsistirá esta verdad en todos sus principios y en todas sus consecuencias. Siempre será verdad que aquel libertino que vive como si no estuviera en este mundo mas que para entregarse á los deleites y á los placeres; que aquella persona mundana que tiene tan poca religion; que aquel hombre del mundo dedicado únicamente á hacer fortuna en él; siempre invariablemente será verdad que todas estas personas solo están en la tierra para amar á Dios, para servir á Dios y para agradarle. No fué mas criado el fuego para calentar, ni el sol para alumbrar, que el hombre para servir á Dios y para glorificarle. ¡Qué reflexiones se ofrecen sobre esta verdad! ¡qué sobresaltos, qué remordimientos deben producir estas reflexiones!

Pero ¿subsiste el dia de hoy entre los mundanos esta verdad fundamental de nuestra religion, esta basa en que estriba todo su edificio? Pues qué, ¿en esta risueña estacion del año, que brinda á todos con unas diversiones tan poco cristianas, no hay cristiano

que no esté obligado á amar á Dios, á servir á Dios, á glorificar á Dios, del mismo modo que en los dias destinados á la penitencia? Pero ¿qué será de aquellas personas que tanto se oponen á esta indubitable doctrina? ¿Viven segun el fin para que están en este mundo? ¿Y cuál será el término de un camino que no va á dar en nuestro último fin?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay verdad en el cristianismo que mas presto se aprenda que la del fin del hombre; pero tampoco la hay en que menos se piense, ni que menos fuerza nos haga cuando se piensa en ella. Acaso nunca se ha penetrado bien su sentido, y mucho menos sus consecuencias. Porque si es verdad que solo estoy en este mundo para servir á Dios, no debiera haber en mi vida ni una sola accion que no se refiriese á Dios, y quizá no encontraré en toda la mia ni una sola que haya hecho únicamente por Dios.

Si se consideran precisamente nuestras costumbres, nuestras máximas y nuestra conducta, ¿se dirá que es Dios nuestro último fin? Cada cual tiene sus fines; pero si no es Dios este fin, ¿cuál será nuestro término? Cada cual tiene sus fines; pero ¿qué fines son estos? Aquella conveniencia, aquel empleo, aquella ganancia, aquella diversion, y muchas veces aquel pecado; este es el objeto de mi concupiscencia, de mi ambicion, de mi pasion dominante. Este es propiamente el fin de aquellas negociaciones, de aquellos desvelos, de aquellas solicitudes, de tantos pasos, de tantos movimientos, de aquella vida dura, aplicada, bulliciosa y atropellada de tantas gentes; y en esas fatigas, en esa aplicacion, en ese estudio ingrato y laborioso ¿se mira muchas veces á Dios? ¿se consulta su divina ley? ¿se toman medidas justas para lograr el último fin? Ciertamente en la mayor parte

de las empresas y de los grandes negocios del mundo para nada se cuenta con Dios.

¿Búscase á Dios en esas profanas diversiones, en ese juego, en esas concurrencias en que la profanidad saca á luz todo su aparato? ¿búscase á Dios en esos proyectos ambiciosos, en esos suntuosos equipajes y en esos espléndidos banquetes? ¿búscase á Dios en esas devociones de ruido, de moda y de capricho? Despues que la vanidad y el amor propio se levantan, por decirlo así, con lo mejor de nuestras acciones, ¿restará en ella mucho donde Dios pueda usar de su derecho? ¿Será posible que llegue á tanto nuestro atolondramiento, que miremos serenos nuestro descamino y nos complazcamos en él? Yo no estoy en este mundo sino para reconocer, para amar y para servir á Dios; pero ¿conozco bien á este Dios, cuyas leyes atropello, y cuyas santas máximas hace tanto tiempo que estoy menospreciando? ¿Amo á este Dios á quien desagrado sin reparo, á quien ofendo sin remordimiento, y á quien deshonro con mi vida? ¿sirvo á este Dios cuando no reconozco otro dueño que al mundo y á mis pasiones?

Hombres ingratos, exclama el Profeta, ¿aun no estais contentos con vuestra herencia de tener á Dios por vuestro último fin? ¿Pues porqué os quereis dividir entre Dios y el mundo? ¿Qué se debe inferir de aquí? ¿y cuál será el efecto de los terribles cargos que me hace mi conciencia?

Qué, mi Dios, ¿será posible que solo estoy en este mundo para amaros y para serviros, y acaso se habrá pasado la mejor y la mas bella parte de mi vida sin haberos servido ocho dias, y aun quizá ni un solo dia?

Callo, Dios mio, y sello mis labios, cubierto de confusion. Yo he vivido, yo he envejecido en la disolucion y en el desórden; pero vos, Señor, que vais á buscar la oveja perdida, no desecharéis la que con

vuestra divina gracia acude á postrarse á vuestros piés, protestando que no quiere ya servir á otro dueño que á vos solo.

JACULATORIAS.

Notum fac mihi, Domine, finem meum: ut sciam quid desit mihi. Salm. 38.

Hacedme, Señor, la gracia de que reconozca mi fin, para dedicarme en adelante á él de otra manera que lo he hecho hasta aquí.

Tuus sum ego. Salm. 118.

Todo soy vuestro, Dios mio, y lo soy por muchos títulos; no quiero vivir en adelante sino para vos.

PROPOSITOS.

1. El fruto es del dueño á quien pertenece el árbol. Todos somos de Dios por muchos motivos; y así deben ser de Dios todas nuestras acciones. Cualquiera de ellas que tenga otro fin, es sin mérito. ; Oh y cuántas obras son perdidas para la eternidad! Interesamos, pues, mucho en evitar esta pérdida. No hagamos cosa alguna sino con el fin de agradar á Dios; propongámonos en todas su mayor gloria, y encontraremos siempre la nuestra. Bien se puede decir que nuestros intereses son inseparables de los suyos. Pero es muy fácil equivocarnos en esta concurrencia de motivos; y no pocas veces nos buscamos á nosotros mismos, aun cuando nos lisonjamos de buscar únicamente la mayor gloria de Dios.

2. *La caridad (dice el Apóstol) es paciente, es benigna, no entiende de zelillos, ni de emulaciones.* Todo zelo amargo, inquieto y agrio; todo zelo acompañado de cierta secreta emulacion no es zelo. El carácter del verdadero zelo, es decir, de aquel zelo que tiene á Dios por primer móvil, es curar las llagas con óleo y con vino, como el caritativo Samaritano:

es corregir las faltas con dulzura, esperar el efecto de los remedios con paciencia, alegrarse verdaderamente del fruto que hace el Señor en las almas por los trabajos de otros. Aquella maligna tristeza que se experimenta al ver que otros hacen mas fruto que nosotros con los ministerios, es prueba evidente de que en nuestras buenas obras buscamos alguna otra cosa que no es Dios. *Si tu zelo es amargo (dice el apóstol Santiago) y tu espíritu contencioso, no te glories en tus trabajos: esa sabiduría no es la que viene de arriba, es una sabiduría terrestre, diabólica y animal.* Por tanto, donde hay envidia, hay desorden y acciones perversas de toda especie. Si tienes que corregir á tus hijos, ó que reprender á tus criados, guárdate bien de hacerlo con altivez, con cólera, ni con destemplado ardor: la caridad es dulce y nunca se descompone. Son pruebas de una intencion recta y pura trabajar sin turbacion, sin inquietud y sin atropellamiento: trabajar con tanta aplicacion y con tanto zelo en secreto, como en público; en empleos deslucidos, como en los mas brillantes; en una rústica aldea, como en las mas cultivadas y mas numerosas poblaciones; con los pobres y desvalidos, como con los ricos y poderosos; á la vista de todo el mundo, como en un rincon sin testigos: trabajar como si no hubiera en el mundo mas que Dios, y alegrándonos de que los demás trabajen todavía mas que nosotros: no inquietarnos cuando nos interrumpen el trabajo, y cumplir tan exactamente con las menores obligaciones, como con las mayores. Aquellas personas religiosas que hacen poco caso de las reglas menudas, con pretexto de que son menudencias, seguramente no buscan puramente á Dios en la observancia de las mayores. El que únicamente aspira á dar gusto al dueño á quien sirve, igualmente le complace en todo lo que le agrada.